

UNIDAD DIDÁCTICA 1:

La realidad es más importante que la idea (cf. EG 231). Reconocer las interpelaciones

Introducción

La identidad configura nuestro propio ser, es lo que nos constituye tal y como somos y lo que nos impulsa a actuar. La identidad es algo muy propio y por esto mismo muy íntimo, por lo que se corre el peligro de que quede oscurecida, pase desapercibida o simplemente sea ignorada. Es necesario, pues, recordarse continuamente cuál es la propia identidad, para renovar la conciencia que se tiene de ella, poderla desplegar y vivir de manera más plena. En concreto, el bautizado en particular y la Iglesia en general debe tomar conciencia de su identidad misionera y contemplar la realidad desde esta perspectiva para vivir con alegría el envío que Cristo les hace a la misión.

El objetivo de esta primera unidad didáctica es *ofrecer pistas que ayuden a reconocer la identidad misionera del bautizado y de la comunidad cristiana, así como las interpelaciones que nuestro mundo lanza al cristiano y a la Iglesia para que respondan desde lo que son.*

Para ello se van a recorrer de manera breve los fundamentos que nos permiten darnos cuenta de la llamada misionera que Cristo nos dirige a los cristianos y a la Iglesia; primero desde nuestra identidad de bautizados en Cristo (apartado 1) y de Iglesia de Cristo (apartado 2), y luego desde la realidad que vivimos, sea la del mundo (apartado 3), sea la de la comunidad eclesial (apartado 4). Todo ello nos debe llevar a adquirir una mirada contemplativa (apartado 5) que nos muestre la acción del Espíritu Santo en el mundo y cómo podemos colaborar con Él.

1. “Todos somos discípulos misioneros” (EG 119-121)

[Competencia 2.1.1; 2.2.1]

El papa Francisco ha convocado a toda la Iglesia a una “nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría [del encuentro con Jesús]” (EG 1); una de las características de la novedad de esta etapa es destacar el protagonismo del cristiano en la realización de la misión de la Iglesia. Por eso parte de una afirmación esencial para la vida cristiana: “En todos los bautizados, desde el primero hasta el último, actúa la fuerza santificadora del Espíritu que impulsa a evangelizar” (EG 119). Francisco se fundamenta en el Concilio Vaticano II cuando explica en LG 12 el significado teológico del *instinto de la fe* —el *sensus fidei*— y concluye que la acción del Espíritu da al bautizado un conocimiento intuitivo de las realidades divinas, aunque no siempre se sepa expresar adecuadamente.

De esta familiaridad con Dios que da el Espíritu Santo se desprende que, “en virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19)” (EG 120). Por eso todo bautizado es un “agente evangelizador” y protagonista de la evangelización. El Papa llama, pues, a todo bautizado “para que nadie postergue su compromiso con la evangelización”. La razón para ello es que “si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo”, ya que “todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros»”.

La realidad de ser discípulos misioneros por el bautismo nada quita a la necesidad de “crecer como evangelizadores” (EG 121). Además de poner los medios para “una mejor formación, una profundización de nuestro amor y un testimonio más claro del Evangelio” también hay que “dejar que los demás nos evangelicen constantemente”. La necesidad de formarse más y mejor, de dar un testimonio más convincente e incluso nuestra propia imperfección no pueden constituirse en excusas que lleven a “postergar la misión evangelizadora”; al contrario, “la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo”.

El Mes Misionero Extraordinario convocado por Francisco para octubre de 2019 tuvo como lema “Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en misión en el mundo”. En su Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones el Papa decía: “Yo soy siempre una misión; tú eres siempre una misión; todo bautizado y bautizada es una misión”. En esta ocasión el Papa lo fundamentaba en el dinamismo expansivo del amor, por eso concluía: “Para el amor de Dios nadie es inútil e insignificante. Cada uno de nosotros es una misión en el mundo porque es fruto del amor de Dios”. Dios nos ha amado al darnos la vida, que es un don “que destina a todos sus hijos, desde siempre, a su vida divina y eterna (cf. Ef 1,3-6)”.

La vida divina “se nos comunica en el bautismo, que nos da la fe en Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, nos regenera a imagen y semejanza de Dios y nos introduce en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia”. Sin embargo, muchas personas aún no saben que todos “somos hijos e hijas en la casa del Padre, siempre y en todas partes, nunca huérfanos, extranjeros o esclavos”. La misión del bautizado es llevar a la plenitud del don de la vida divina a todos los hijos e hijas de Dios ya que, “lo que en el cristiano es realidad sacramental —cuyo cumplimiento es la eucaristía—, permanece como vocación y destino para todo hombre y mujer que espera la conversión y la salvación. De hecho, el bautismo es cumplimiento de la promesa del don divino que hace al ser humano hijo en el Hijo”. En conclusión, dice el Papa:

Nuestra misión radica en la paternidad de Dios y en la maternidad de la Iglesia, porque el envío manifestado por Jesús en el mandato pascual es inherente al bautismo: como el Padre me ha enviado así también os envío yo, llenos del Espíritu Santo para la reconciliación del mundo (cf. Jn 20,19-23; Mt 28,16-20). Este envío compete al cristiano, para que a nadie le falte el anuncio de su vocación a hijo adoptivo, la certeza de su dignidad personal y del valor intrínseco de toda vida humana desde su concepción hasta la muerte natural.

Una de las consecuencias más importantes que extrae de todo ello el papa Francisco es que la misión debe estar “marcada por esta alegría” (EG 1) que viene de la experiencia del amor de Dios y el encuentro con Cristo; por eso, todo bautizado está llamado a ser “evangelizador con espíritu” (EG cap. V). Esto significa, lo primero de todo “evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu Santo” (EG 259) pero también implica tener “unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria” (EG 261). Las motivaciones para un renovado impulso misionero las sintetiza el Papa en “el encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva” (EG 264-267) por medio de la oración, la vida eclesial y la caridad; “el gusto espiritual de ser pueblo” (EG 268-274); “la acción misteriosa del Resucitado y de su Espíritu” (EG 275-280); y “la fuerza misionera de la intercesión” (EG 281-283).

Con razón, pues, afirma el Papa que todo bautizado está legitimado a afirmar “yo soy una misión” (EG 273), como se explicará más adelante (UD 2.2).

2. “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza” (AG 2)

[Competencia 2.1.3; 2.2.2]

El Concilio Vaticano II trató ampliamente acerca de la Iglesia, su comprensión teológica y las implicaciones pastorales, sin descuidar su dimensión misionera consecuencia del mandato de Jesús (Mt 28,19-20), ya que “el Espíritu Santo la impulsa a cooperar para que se cumpla el designio de Dios, quien constituyó a Cristo principio de salvación para todo el mundo” (LG 17). En el decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, hace una afirmación de muy gran trascendencia: “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (AG 2). A continuación, desarrolla esta afirmación teológica explicando que:

- El origen de la misión está en el “amor fontal” de Dios Padre que nos creó libremente llamándonos a participar con Él del don de la vida, eso sí, no aisladamente, sino en la unidad de un único pueblo (cf. AG 2).
- Dios, “para establecer la paz o comunión con Él y armonizar la sociedad fraterna entre los hombres, pecadores” (AG 3), envió a su Hijo en nuestra carne; “Cristo Jesús fue enviado al mundo como verdadero mediador entre Dios y los hombres”, estableciendo que lo que Él “ha predicado una vez o lo que en Él se ha obrado para la salvación del género humano” se difunda en la sucesión de los tiempos.
- La misión del Espíritu Santo se comprende porque “para conseguir esto envió Cristo al Espíritu Santo de parte del Padre, para que realizara interiormente su obra salvífica e impulsara a la Iglesia hacia su propia dilatación” (AG 4).

En el Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones celebrada en el Mes Misionero Extraordinario de octubre de 2019, el Papa explicaba la naturaleza misionera de la Iglesia del siguiente modo: “Nuestra pertenencia filial a Dios no es un acto individual sino eclesial: la comunión con Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es fuente de una vida nueva junto a tantos otros hermanos y hermanas”. De ahí que la misión sea constitutiva de la Iglesia, puesto que no se trata de “un producto para vender” ni de hacer proselitismo; la vida divina es “una riqueza para dar, para comunicar, para anunciar; este es el sentido de la misión”. La vida es un don que hemos recibido gratis para compartirlo gratis (cf. Mt 10,8), ya que Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad y a la experiencia de su misericordia, por medio de la Iglesia, sacramento universal de salvación (cf. 1 Tm 2,4; 3,15; LG 48).

La conclusión es clara: “La Iglesia está en misión en el mundo”, es decir, no es posible que la Iglesia se guarde para sí misma el don recibido de Dios. En esta ocasión el Papa hace referencia a las tres virtudes teologales; ya que la vida es un don de Dios, la misión del cristiano y de la Iglesia se basa en que:

- “la fe en Jesucristo nos da la dimensión justa de todas las cosas haciéndonos ver el mundo con los ojos y el corazón de Dios;
- la esperanza nos abre a los horizontes eternos de la vida divina de la que participamos verdaderamente;
- la caridad, que pregustamos en los sacramentos y en el amor fraterno, nos conduce hasta los confines de la tierra (cf. Mi 5,3; Mt 28,19; Hch 1,8; Rm 10,18)”.

En conclusión, si la Iglesia es misionera no puede menos que estar en un dinamismo incesante de “salida hasta los últimos confines” (ver UD 3.3), lo que “exige una conversión misionera constante y permanente”.

Para ello es necesario fomentar la pasión evangelizadora (cf. EG 78), que es a la vez pasión por Jesús y por el mundo (cf. EG 268). Francisco denuncia constantemente la “cultura de la indiferencia”, la frialdad en las relaciones humanas, el descarte de los pobres y marginados, etc. Un bautizado, para ser evangelizador con espíritu, debe tener un corazón compasivo, que se conmueva ante el sufrimiento de Dios y de los hermanos, y sienta la pasión por llevar la buena noticia del evangelio de Jesucristo a todos los hombres y pueblos.

3. Interpelaciones misioneras desde fuera de la Iglesia

[Competencia 2.3.1]

En su citado Mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de 2019 el Papa habla de las dificultades que la Iglesia encuentra para desarrollar su misión en el mundo; una de ellas es el secularismo y su consecuencia de falta de fraternidad: “El secularismo creciente, cuando se hace rechazo positivo y cultural de la activa paternidad de Dios en nuestra historia, impide toda auténtica fraternidad universal, que se expresa en el respeto recíproco de la vida de cada uno. Sin el Dios de Jesucristo, toda diferencia se reduce a una amenaza infernal haciendo imposible cualquier acogida fraterna y la unidad fecunda del género humano”. Por eso el Papa advierte de la importancia de evangelizar la cultura: “No conviene ignorar la tremenda importancia que tiene una cultura marcada por la fe, porque esa cultura evangelizada, más allá de sus límites, tiene muchos más recursos que una mera suma de creyentes frente a los embates del secularismo actual” (EG 68). Además, muchas veces la reducción de la fe al ámbito de lo privado y el débil sentimiento de pertenencia a la Iglesia vienen favorecidos por la falta de acogida o la burocratización de ésta (cf. EG 63). El mundo secularizado interpela a la Iglesia reclamándole que se muestre como una comunidad fraterna de creyentes en Cristo que son capaces de transformar, con su testimonio de vida, de palabra y de caridad, el entorno sociocultural en el que viven.

Otra de las dificultades que señalaba era la reducción de la Iglesia a los intereses nacionales, sociales o culturales del lugar en que se encuentra presente. Hay que recordar que el Mes Misionero Extraordinario se convocó con ocasión del centenario de la carta apostólica *Maximum illud*, de Benedicto XV. El motivo principal de este documento era “la superación de toda clausura nacionalista y etnocéntrica”; por eso en aquel entonces “el Papa recordaba que la universalidad divina de la misión de la Iglesia exige la salida de una pertenencia exclusiva a la propia patria y a la propia etnia”. En nuestra época también existe la tentación de la cerrazón de los pueblos y las culturas en sí mismas; sin lugar a duda, esta reviste las características propias de nuestro tiempo

En la reciente encíclica *Fratelli tutti* el papa Francisco denuncia los signos que aprecia de falta de apertura a los demás. Especialmente en el primer capítulo, que dedica a hacer una consideración sobre “algunas tendencias del mundo actual que desfavorecen el desarrollo de la fraternidad universal”. Lleva por título “Sombras de un mundo cerrado”, y en su contenido recoge los “sueños que se rompen en pedazos”; en él se observa un fin de la conciencia histórica, un olvidar la propia tradición, “manoseando” expresiones como *democracia*, *libertad*, *justicia*, que acaban convirtiéndose en “títulos vacíos de contenido que pueden servir para justificar cualquier acción”. Una sombra que está rodeada de otras, como el hecho de que en nuestro mundo no haya un proyecto para todos, que se dé un “descarte mundial”, que los derechos humanos no sean suficientemente universales, que haya innumerables situaciones de conflicto y miedo, y que la globalización y el progreso no tengan un rumbo común.

Denuncia la agresividad sin pudor, con insultos, maltratos, descalificaciones, latigazos verbales hasta destrozarse la figura del otro. En este contexto, la Iglesia debe seguir siendo un signo de apertura y de universalidad.

Para combatir estas tendencias actuales, también hoy –afirmaba el papa Francisco en el antedicho mensaje– la Iglesia sigue necesitando de hombres y mujeres que sean “enviados a las gentes en el mundo que aún no está transfigurado por los sacramentos de Jesucristo y de su santa Iglesia”. La *missio ad gentes* es siempre necesaria en la Iglesia porque “la fe en la Pascua de Jesús, el envío eclesial bautismal, la salida geográfica y cultural de sí y del propio hogar, la necesidad de salvación del pecado y la liberación del mal personal y social exigen que la misión llegue hasta los últimos rincones de la tierra”, haciendo que sea una Iglesia en salida y mostrando la universalidad de la salvación y la unidad de toda la familia humana. Es por esta razón por la que adquiere su carácter de paradigma para toda la Iglesia (ver UD 3.1).

4. Interpelaciones misioneras desde dentro de la Iglesia

[Competencia 2.1.4; 2.3.2]

La intención del papa Francisco con la EG es convocar a la Iglesia a una nueva etapa evangelizadora marcada por la alegría del Evangelio (cf. EG 1). Por eso, la primera y principal interpelación que se nos dirige es si conservamos la “la dulce y confortadora alegría de evangelizar” (EN 80) o si somos “evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos” (ibíd.); como denuncia Francisco muy gráficamente: “Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua” (EG 6). Por eso, el Papa invita al encuentro o reencuentro con el amor de Dios que nos rescata: “Allí está el manantial de la acción evangelizadora” (EG 8).

Otros factores que hacen perder el impulso evangelizador y misionero, y que constituyen fuertes interpelaciones, provienen del mundo al que la Iglesia se dirige en su obra evangelizadora. El Santo Padre constata que “el aporte de la Iglesia en el mundo actual es enorme” (EG 76). Para que esta aportación siga creciendo es necesario también reconocer que, “como hijos de esta época, todos nos vemos afectados de algún modo por la cultura globalizada actual que, sin dejar de mostrarnos valores y nuevas posibilidades, también puede limitarnos, condicionarnos e incluso enfermarnos” (EG 77). Para contrarrestar las posibles influencias negativas es necesario antes que nada “crear espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales”; además el Papa llama la atención “sobre algunas tentaciones que particularmente hoy afectan a los agentes pastorales”. En los párrafos siguientes enumera aquellas que considera con mayor incidencia en la vida de la Iglesia.

“Sí al desafío de una espiritualidad misionera” (EG 78-80). El Papa constata “una acentuación del *individualismo*, una *crisis de identidad* y una *caída del fervor*” (EG 78), que tienen como consecuencia “un relativismo todavía más peligroso que el doctrinal [...] Este relativismo práctico es actuar como si Dios no existiera, decidir como si los pobres no existieran, soñar como si los demás no existieran, trabajar como si quienes no recibieron el anuncio no existieran” (EG 80). La llamada imperiosa del papa Francisco es: “¡No nos dejemos robar el entusiasmo misionero!”.

“No a la acedia egoísta” (EG 81-83). Es la de quienes “se resisten a probar hasta el fondo el gusto de la misión y quedan sumidos en una acedia paralizante” (EG 81), sabiendo que “el

problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable” (EG 82). “Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que solo generan oscuridad y cansancio interior, y que apolillan el dinamismo apostólico. Por todo esto, me permito insistir: ¡no nos dejemos robar la alegría evangelizadora!” (EG 83).

“No al pesimismo estéril” (EG 84-86). “Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre” (EG 85). De manera realista, Francisco constata la “desertificación espiritual” de nuestro mundo; “en todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, traspasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza!” (EG 86).

“Sí a las relaciones nuevas que genera Jesucristo” (EG 87-92). El Papa describe las dificultades actuales para la comunicación y el aislamiento en que se vive; por eso, “un desafío importante es mostrar que la solución nunca consistirá en escapar de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los otros” (EG 91). La propuesta cristiana es un modo de relacionarse con los demás que realmente sane: “una fraternidad *mística*, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo” (EG 92). De ahí la invitación: “¡No nos dejemos robar la comunidad!”.

“No a la mundanidad espiritual” (EG 93-97). “La mundanidad espiritual, que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal” (EG 93). “Hay que evitarla poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres [...] Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!” (EG 97).

“No a la guerra entre nosotros” (EG 98-101). Frente a las divisiones y contiendas que hay en el mundo, el Papa solicita: “A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis” (EG 99). “Pidamos al Señor que nos haga entender la ley del amor [...] ¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno!” (EG 101).

“Otros desafíos eclesiales” (EG 102-109). “La toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación” (EG 102); el aporte de la mujer en la sociedad y en la Iglesia (EG 103-104); los jóvenes y las vocaciones (EG 105-107). “Los desafíos están para superarlos. Seamos realistas, pero sin perder la alegría, la audacia y la entrega esperanzada. ¡No nos dejemos robar la fuerza misionera!” (EG 109).

Si –con la fuerza del Espíritu– el bautizado y las comunidades cristianas vencen estas tentaciones, se desarrolla “el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior” (EG 268). Como muy bien explica el Papa, la misión es “una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo [...] Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado. Nos toma de en medio del pueblo y nos envía al pueblo, de tal modo que nuestra identidad no se entiende sin esta pertenencia” (ibíd.).

5. Adquirir una mirada contemplativa

[Competencia 2.1.2]

La comprensión de la realidad que hay que evangelizar necesita de un particular modo de acercamiento a la misma. Es la mirada de Jesús, que “al ver a las muchedumbres, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, «como ovejas que no tienen pastor»” (Mt 9,36). Una mirada que le llevó incluso a llorar al ver Jerusalén y constatar su dureza de corazón (cf. Lc 19,41). “¡Qué bien nos hace mirarlo cercano a todos!” (EG 269).

Para la Iglesia los instrumentos de las ciencias humanas son necesarios; sin embargo, solo son medios que ayudan a conseguir un fin que debe ser propio de todo cristiano: *tener una mirada pastoral sobre la realidad*. Es una mirada que parte de la experiencia del amor de Jesús, que constituye la motivación más profunda para evangelizar:

La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. (EG 264)

El encuentro con Cristo cambia la manera de vernos y de ver el mundo; nos hace mirar más allá de los datos sociológicos para contemplar desde el corazón de Cristo:

Hoy suele hablarse de un «exceso de diagnóstico» que no siempre está acompañado de propuestas superadoras y realmente aplicables. Por otra parte, tampoco nos serviría una mirada puramente sociológica, que podría tener pretensiones de abarcar toda la realidad con su metodología de una manera supuestamente neutra y aséptica. Lo que quiero ofrecer va más bien en la línea de un *discernimiento evangélico*. Es la mirada del discípulo misionero, que se «alimenta a la luz y con la fuerza del Espíritu Santo». (EG 50)

Es la misma mirada de Jesús sobre las personas y las situaciones humanas las que nos hace conectar con su corazón de Buen Pastor para tener la capacidad de secundar su acción en los corazones y la historia:

Para entender esta realidad hace falta acercarse a ella con la mirada del Buen Pastor, que no busca juzgar sino amar. Solo desde la connaturalidad afectiva que da el amor podemos apreciar la vida teologal presente en la piedad de los pueblos cristianos, especialmente en sus pobres. (EG 125)

El discípulo misionero que se encuentra con Jesús y se siente salvado se encuentra también con otras personas que sabe que necesitan experimentar ellas también la salvación; llevarles el anuncio de la salvación en Cristo es su pasión: por Jesús y por el mundo. El encuentro con Jesús en la oración despierta su corazón y le da una mirada nueva: “El amor es un corazón que ve” (DCE 31). La mirada del discípulo misionero no es una mirada superficial que clasifica a las personas por las apariencias o los criterios sociales acostumbrados y que normalmente desemboca en la tristeza. Es una mirada de fe, una mirada contemplativa. Sin ella, la misión es imposible.

Con respecto a los desafíos de la evangelización en las grandes urbes, el papa Francisco afirma: “Necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas. [...] Esa presencia [de Dios] no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa” (EG 71).

Cuando aún era arzobispo de Buenos Aires, el cardenal Jorge Mario Bergoglio pronunció un discurso en el primer Congreso Regional de Pastoral Urbana (25 de agosto de 2011), en el que describía esta mirada desde el *Documento de Aparecida*. Situaba dicha mirada en el ámbito de la caridad, porque de esta manera nos salva de tener que relativizar la verdad para poder incluir a todos.

Afirmaba que la realidad social de nuestro mundo está caracterizada por el relativismo, porque cae en la tentación de pensar que, para no discriminar, para incluir a todos, es necesario relativizar la verdad. Pero esto no es así –seguía diciendo– porque Dios está presente en la vida de todos y no discrimina ni relativiza. No discriminar y no relativizar implica tener fortaleza para acompañar procesos y la paciencia del fermento que ayuda a crecer.

- La mirada del amor no discrimina ni relativiza porque es *misericordiosa*. Y la misericordia crea cercanía. Se traduce en buscar tiempo para las personas y en estructuras acogedoras, cosa que requiere también tiempo.
- La mirada de amor no discrimina ni relativiza porque es mirada de *amistad*. Y a los amigos se los acepta como son y se les dice la verdad. Lleva a acompañar, a sumar, a ser uno más al lado de los otros.
- La mirada del amor no discrimina ni relativiza porque es *creativa*. El amor gratuito es fermento que dinamiza todo lo bueno y lo mejora, y transforma el mal en bien, los problemas en oportunidades. Quien mira con amor descubre las potencialidades y empatiza con ellas, fermentándolas con el Evangelio.

En conclusión, se puede decir que solo desde la mirada contemplativa –que no mira la superficialidad de las cosas, sino que desde el amor de Dios mira a los corazones– es posible una renovación misionera de la Iglesia. El discípulo misionero de Cristo –sea cual sea su condición en la Iglesia– debe caracterizarse por tener la misma mirada de Jesús; y, sin escandalizarse de las debilidades humanas, sabe acompañar a las personas en su proceso de conocer al Dios que salva, libera y cura los corazones:

La Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario. En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana. (EG 169)

Adquirir la mirada de Jesús, una mirada contemplativa sobre la realidad de las personas y del mundo, es imprescindible para sentir la llamada de Jesús a dar una respuesta pronta y libre. Como afirmaba el Papa en el Mensaje para el Domund de 2020: “La misión es una respuesta libre y consciente a la llamada de Dios, pero podemos percibirla solo cuando vivimos una

relación personal de amor con Jesús vivo en su Iglesia”. Conectar con la mirada de Jesús es lo que nos hace estar en sintonía con su plan de salvación y dar una respuesta en el hoy de la Iglesia y de la historia. Es así como se adquiere el sentido de la responsabilidad pastoral (ver UD 2.5), sin el cual es imposible responder a las interpelaciones y los desafíos de la misión de la Iglesia en el mundo de hoy.

Vídeo de apoyo

Aquí estoy, envíame. ¿Por qué soy misionero? Domund 2020

[<https://youtu.be/QQBbbB2V4Yw>]